DISCURSO APERTURA DEL CURSO ACADEMICO 1995/96

Por ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

Es muy grato para mí, tener el honor de intervenir en la apertura del Curso 1995-96, de esta ilustre REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS, de la que formo parte por la Gracia Dios. Cuando fui elegido electo, sentí la emoción y preocupación que he vuelto a tener ahora, cuando nuestro Director me designó para intervenir en este solemne acto, y enfrentarme al compromiso de elegir tema para la disertación.

Pensando en ello, recordé las palabras del que fue nuestro querido compañero, José Antonio Calderón Quijano, a quien rindo un recuerdo profundo de cariño y admiración, cuando en situación análoga dijo: «A un americanista, no le es difícil encontrar tema en un acto como este, en el que nuestra Corporación desea se traten asuntos referentes al Nuevo Mundo».

Aunque no sea americanista, siendo Sevilla una de las ciudades más vinculadas a América y yo amante de nuestras glorias pasadas y de profesión militar, me acojo a la benevolencia de muchos de mis compañeros de Academia, especialistas en la materia, y quiero volver a recordar el valor espiritual y humano de nuestros descubridores, y el apoyo que prestó España a dar prosperidad a aquellos entrañables territorios.

---

* Acto público celebrado en el Salón de Actos de la Academia, el día 6 de octubre de 1995

Por eso he titulado esta disertación **«Reflexiones», sobre la figura de los descubridores y la obra colonizadora de España en el Nuevo mundo».**

Y dicho esto, entro en la materia anunciada.

Si el mundo de los astros se gobierna por las leyes eternas de la atracción y repulsión, también éstas leyes misteriosas existen entre las naciones. Desde que Dios hizo el mundo y puso a España aquí y a América allá, les imprimió un misterioso efluvio de atracción mutua, que comenzó a sentirse a partir del 12 de Octubre de 1492, aunque la fecha del 3 de Agosto debería ser de mayor fervor, porque siempre hay más ilusión inicial, que en la consumación de lo esperado. Los primeros en admirar la suntuosidad de aquellos paisajes, que recibían como una dádiva de Dios, fueron los descubridores con sus ansias de nuevas tierras y nuevas Españas. Más tarde los Virreyes, con su plétora de arquitectos, misioneros y juristas, y en todo momento, los españoles, que en cualquier circunstancia, experimentaban esa sutil imantación americana. La era de los descubrimientos no es más que traducción a hechos, de aquellos valores que emanan del espíritu.

Cuando Alfonso de Ojeda desembarcó en Las Antillas, pudo haber dicho a los indios, que ellos, los españoles, eran de una raza superior. En cambió les habló de Dios, les explicó que somos hermanos, porque tenemos la misma procedencia, y el mismo fin. Y este ejemplo, lo siguieron más tarde otros españoles diseminados por las tierras de América. ¡qué duda cabe, que en ocasiones se produjeron abusos! Pero es mal criterio, juzgar a España en el Nuevo Mundo por lo defectuoso y excesivo, olvidando lo digno y meritorio. La dureza de algunos conquistadores, obedecía en ocasiones a las costumbres mismas de la época. El conquistador español movía hacia adelante su espada, como el poeta se pone a hacer versos; por un impulso íntimo, creador. Algunos dirán como en las leyendas negras, que todo aquel impulso era codicia; y en vez de codicia, creemos era ambición legítima de alcanzar fama y riqueza, gracias a la existencia del mundo descubierto. Pero a pesar de tanta maledicencia, la realidad fué, que tras los conquistadores se iba plantando la Cruz de Cristo, enseñándoles una nueva vida, en unas circunstancias sin precedentes en la Historia de la humanidad. Era un mundo nuevo, con una

materia prima que había que formar y un idioma desconocido, que fue un tremendo obstáculo para iniciar la labor. España, partía de cero, puesto que allí, nada era aprovechable en el aspecto cultural e institucional. En el descubrimiento, hubo que improvisarlo todo: hombres, trabajos, leyes... y en cuanto a legislación, no ha habido ninguna otra en el mundo comparable a nuestras Leyes de Indias. En ellas, se proclamaba el deseo de convertir y equiparar a aquellos pueblos, como si fuesen españoles, transformando la conquista de las nuevas tierras, en la difusión del espíritu cristiano, y en la unión de las razas. Por desgracia se ha polemizado demasiado por la actitud de España en Indias, con más ánimo de ofensa que de verdad.

Nunca han creído los españoles ser pueblo superior. Por eso, su ideal se ha plasmado en realidades más trascendentes: Levantar naciones y encarnar razas.

Si contemplamos con los ojos de la imaginación a nuestros descubridores, los veremos con barba espesa y borrascosa cual otro Júpiter, peto de cuero bajo la armadura férrea, y capacete con plumas; pero también, con el corazón transido de sueños heroicos, al contemplar, aquellos paisajes sorprendentes y gentes exóticas, que esperaban ser civilizadas. ¡Tremenda responsabilidad! Porque civilizar es: romper la selva, abrir caminos, construir ciudades, crear familias...

¡Fundar y crear!, acciones que sólo pueden llevar a cabo, quienes saben desarrollar y poner en práctica, la chispa divina que hemos recibido de Dios. Los descubridores que al otro lado del mar tenebroso, encontraron el enigma de las Indias Colombinas, eran por lo general gentes con cierta cultura. El caso de los analfabetos fue una excepción. Los capitanes, poseían la instrucción correspondiente a la época, abundando los hidalgos, y segundones de familia aristocráticas.

Pero no hay porqué omitir, que quizás los rasgos más acusados del descubridor, fueran sus deseos de alcanzar fama y nobleza. El cronista Bernal Díaz, insiste en afirmar esta opinión.

El ansia de fama y gloria, encajaba en el aspecto humano e ideal del descubridor español, que estimaba como principal virtud, el «amor a la honra», entendiendo por tal, el respeto que recibe de los demás, por sus acciones y prestigio.

En la España del siglo XVI, las motivaciones más nobles de los españoles, las establecían la fama y la propia estima, argumentos que constituían un poderoso impulso, para las acciones más arriesgadas. Pero por encima de todo, estaban los conceptos de Honor y Servicio. Honor como divisa, y Servicio como instrumento de gracia a Dios y al Rey.

Jóvenes de todas las condiciones sociales, no esquivaban ir a las Indias, sin que pudieran detenerlos ni los consejos de sus mayores ni las holguras de su hogar. ¡Qué difícil de comprender en los tiempos presentes, tan llenos de insumisiones! Allá fueron los más audaces de nuestra juventud, lo más puro de nuestra religiosidad, lo más noble de nuestra raza y también, algún representante de nuestra picaresca.

No hay en la Historia Universal, una obra comparable a la realizada por España en el Nuevo Mundo. Y debemos pensar en ello mil veces, para no caer bajo la influencia nefasta, de estas épocas que se llaman de progreso, y yo llamaría de humillación y cobardía, en la que olvidamos la significación de la historia, y el valor que a ella hemos aportado.

Desgraciadamente, la leyenda negra, que hoy vuelve a surgir no para dominar a España, pero si para humillarla ante tanto aperturismo, consiguió en algunos aspectos, crear un concepto erróneo de la actitud española en el Nuevo Mundo, y lo más triste es, que en ocasiones fue realizada, incluso por españoles, que creían actuar de buena fe. Tremenda ironía llamar buena fe, a ensañarse en los defectos, de sus progenitores y acusar de genocidio en América, llegando a situar en La España a millones de indios masacrados que ni siquiera cabían en la isla. Argumento que utilizaron otras naciones para imputarnos, los que ellos hacían y siguen haciendo.

Por eso da pena, oír todavía a españoles que se consideran cultos, seguir pronunciando el erróneo vocablo de Latinoamérica, en vez del auténtico de Hispanoamérica.

Sabía el militar español en el Nuevo Mundo, que lo principal de su misión, estaba reservado al religioso que catequizaba al indio. El misionero, por su parte, intuía que el soldado y el Virrey, no perseguían otros fines, que los que él mismo buscaba. Y al hablar de los misioneros, no podemos por menos que detenernos

unos instantes; porque mientras los soldados impulsados por su privilegio histórico, recorrían todos los paralelos de la tierra, los misioneros abrían en las almas de aquellos nuevos seres, las ventanas que dejaban entrar la luz de la fe. Mientras unos cumplían su misión universal de ocupar y civilizar, los otros daban el temple, a los nuevos hijos de España. Desgraciadamente hoy, no se reflexiona suficientemente, sobre esta serenidad ascética del alma de España, que de manera tan profunda nos inculcaron aquellos hombres y hemos ido olvidando de generación en generación. El Misionero, figura gloriosa dentro de las dimensiones de Héroe primerísimo, realizaba una misión importante.

Además de doctrinar el Evangelio, enseñaban a amar a España.

Pero adentrémonos sin miedo, en el mar tenebroso que nos lleve al Nuevo Mundo. Ello resulta difícil, sin hacer antes el bosquejo de su situación, sin como se dice en el argot militar, preparar el terreno. Por eso, no es posible estudiar las defensas americanas, sin llegar antes al lugar en donde van a ser instaladas. No voy a explicar las excelencias de las obras allí construidas, y que tan sabiamente ha explicado en sus importantes trabajos, nuestro compañero de Corporación, tristemente desaparecido, el profesor Calderón Quijano. Me limitaré a relatar algunas particularidades.

Hasta transcurrido la mitad del siglo XVI, predomina en el Nuevo Mundo la figura legendaria del conquistador. Es a partir de entonces cuando se perfilan los tipos humanos del Encomendero y los funcionarios reales. Ello es el motivo de que muchos historiadores, propugnen dos etapas en el Descubrimiento: la Conquista y la Colonización. Sin embargo, conquista y colonización, se dan simultáneamente en muchas áreas, y en ocasiones, a pesar de la importancia de la Conquista, ésta queda como supeditada a los afanes pobladores, ya que el conquistador es casi siempre un colonizador.

Insistiendo sobre esta misma idea, se puede asegurar, que hasta finales del siglo XVI, queda señalado como una etapa marcada por el signo del descubrimiento y la conquista, y que a partir de entonces, adquiere extraordinario relieve el aspecto político.

Pasado el tiempo, al no considerar España como colonias a los territorios indianos, los virreinatos se constituyeron en auténticas

divisiones administrativas, si bien en un principio, figurando como parte de la Corona de Castilla sometidos al Consejo Real.

Las circunstancias que condicionan el crecimiento de las Indias, desde el momento en que los españoles pisan sus playas, son: Buscar materias primas y construir vías de comunicación.

Sin vías de comunicación, el desarrollo económico y cultural se ahoga. En un principio, se utilizaron los senderos de los indígenas, sobre todo en Méjico y Perú, donde aztecas e incas, nunca descuidaron este aspecto. Sin embargo, por la insuficiencia, y mala calidad de los mismos, los españoles hubieron de reformarlos, estableciendo un amplio plan a partir de 1550.

Diez años después, Salazar Villasante, ordenaba las obras que abrirían amplios caminos para unir Quito con Puerto Viejo, y los de la Plata, Potosi y Oropesa.

Por desgracia, existen personas que consideran reiterativo y trasnochado, hablar de los descubridores y el Nuevo Mundo. Tema de constante actualidad. Y esto me hace recordar unas inspiradas palabras que pronunció en cierta ocasión, nuestro compañero de Corporación, el profesor Morales Padrón, insigne americanista, cuando decía: «Lo que soy lo soy por lo que fuí. Afirmación a tener en cuenta, por los que no valoran de la Historia, sus enseñanzas».

Y cuando ya alborea el siglo XVII, aunque coincide con la decadencia española en Europa, España que ya ha poblado el mundo de cruces, banderas y construcciones, hace correr un movimiento cultural que abarca, la literatura y el arte, permitiendo hablar de unidad en todo el ámbito español y logrando, se piense de la misma manera, en Veracruz y el Cuzco, que en Sevilla y Toledo. Es el siglo del fervor católico y del afán por la pureza del idioma. El arte americano, resurge con personalidad propia, estableciendo el principio de una coincidencia americana.

Se mejoran las vías de comunicación ordenadas por el virrey Amat, ampliándose la ruta del Sur, que sirvió para unir cómodamente Santiago con Valparaiso.

En Nueva Granada, actual Colombia, también se impulsan extraordinariamente las comunicaciones terrestres. Pero donde llegó a alcanzar gran importancia, fue en Méjico en el camino de Jalapa, donde se colocaron columnas para señalar las distancias y las alturas sobre el nivel del mar, hecho aún desconocido en Europa.

Las obras portuarias son un capítulo importante de la obra colonizadora de los españoles. Portobelo, Cartagena de Indias, La Habana, Santo Domingo, fueron las que recibieron las mayores atenciones, al lado de los puertos de Panamá, El Callao, Acapulco y Veracruz.

Pero constituyendo las Indias colombinas una presa fácil a los asaltos de los enemigos de España, Felipe II pretende llevar adelante un plan general de fortificaciones y defensas. Y de igual manera, que los virreyes, soldados y mercancías, son transportadas en las flotas desde Sevilla, así lo son también las ideas para la construcción de ciudades amuralladas y defensas de puertos. Porque Sevilla es entonces, la gran adelantada imperial. En las Atarazanas, junto al Arenal, se armaban cuadernas y fuertes baos, de las naves que habrían de partir para Indias.

Uno de los mejores ingenieros militares de la época, el italiano Juan Bautista Antonelli, pasa al Nuevo Mundo en diferentes ocasiones, para planear fuertes y ciudades, dando comienzo las obras de numerosas fortalezas. Surgen por todos los lugares bastiones sólidos, que son ejemplos magníficos de arquitectura militar y religiosa española.

Nuestro propósito en esta ocasión, no es relatar el proceso constructivo de castillos y fortalezas. Esa misión corresponde al investigador, que pacienzudamente va encontrando los datos y noticias, que deberá encajar para resolver su problema.

Mi objetivo es más modesto, no sólo por la natural limitación de quien os habla, sino porque sería inoportuno querer contar en una conferencia, la labor de tres siglos, tan repletos de anhelos y realizaciones.

La Fortificación, es un arte que nació con el hombre. Su origen se remonta a los primeros tiempos de la humanidad. Sebastián Fernández de Medrano declara, que el «origen de la Fortificación procedió de la tiranía, porque pretendiendo la ambición y malicia de los hombres usurpar lo ajeno, fueron obligados los pueblos, para vivir con seguridad, libres de los que intentaban sujetarlos a servidumbres, cerrar sus Plazas».

El castillo tomó por mucho tiempo gran importancia militar. La Torre del Homenaje situada en el interior del recinto amurallado, era la más importante en robustez y situación, constituyendo

el último reducto de la ciudadela, porque toda idea de defensa, envuelve otra de esperanza, esa era la explicación de las Torres de Homenaje en el interior de los castillos.

La artillería, hizo sentir su formidable efecto, dando motivo al nacimiento del baluarte, que no envuelve otra novedad, que aumentar el espacio, y dar más robustez a las torres.

Uno de los ingenieros europeos que dió mayor impulso a la fortificación, fue el general francés Antonio Le Preste, conde de Vauban, que a parte de resucitar las antiguas líneas de circunvalación y contravalación, que protegían las salidas de la plaza sitiada, inventó el llamado sistema de frentes abaluartados, cuya nomenclatura era: línea de tierra, muralla, foso, camino cubierto y glasis. En los baluartes se colocaba la artillería y en la muralla solían ponerse arcabuces de sitios o morteros.

Las numerosas obras que realizó Vauban, fueron más tarde repetidas por numerosos ingenieros, con denominaciones como: terraza, revellín, y hornabeque, dando así mayor eficacia a la artillería. La gigantesca empresa del Nuevo Mundo, es algo que siempre asombra cuando se estudia con cariño, y aún hoy que casi nada sorprende, nos llena de emoción, recordar la técnica y las construcciones realizadas por aquellos hombres.

Las técnicas de arquitectura militar que se empleaban en España, fueron llevadas a América, constituyendo el «primer gran plan de fortificación». Tras las llamadas Casas Fuertes, utilizadas para vivir en ellas a cubierto de los ataques enemigos, se continúan los siglos XVI y XVII con Fortalezas, Fortines, Castillos y recintos de murallas, para alcanzar en el siglo XVIII el esplendor de la fortificación abaluartada. Sería imposible enumerar las construcciones realizadas de Norte a Sur en el Nuevo Mundo. Pero si dejamos flotar la imaginación, para recorrer lo que es hoy La Florida, Méjico y paises Hispanoamericanos, podemos asegurar, que España, configuró y delimitó con piedras gloriosas el Continente Americano, proporcionando grandiosa historia a nuestras naciones hermanas.

El planteamiento de las fortificaciones fue determinado por dos vertientes: la primera y principal finalidad, la constituyó la protección de los pobladores españoles e indígenas, sometidos al constante jaque de la piratería; en segundo lugar, las que tenían carácter eminentemente bélico.

En el aspecto económico y comercial, se alcanzó tan importante nivel, que fue la causa principal de la necesidad de establecer sistemas defensivos regulares. Las zonas seriamente amenazadas por la piratería, y posteriormente por la marina inglesa, fueron las costas situadas frente al golfo de Méjico, la Península del Yucatán y la Costa del Pacífico o Mar del Sur.

Este triple frente, abierto a la codicia y rapacidad de otros países, representó al propio tiempo un importante motivo para dotarla de defensas apropiadas.

Nueva España, actual Méjico, tuvo siempre un puerto de extraordinaria importancia: Veracruz. En él, acababa una de las rutas que anualmente establecía la gran flota entre España y las Indias. El primer europeo que la visitó fue Juan de Grijalda al que siguió Hernán Cortés, que fue su fundador, el 21 de Abril de 1519, Viernes Santo, Y por la riqueza que encontró, la denominó la Villa rica de la Vera Cruz. Situada en una costa abierta, resultaba difícil hallar en ella, un abrigo natural donde las naves pudieran fondear con seguridad, por eso, hubo de cambiar de ubicación cuyo lugar es conocido hoy como La Antigua, a 28 kilómetros de la moderna Veracruz, y en donde se estableció el primer templo al culto católico.

Pero Veracruz, constituyó durante los siglos XVI y XVII, un objetivo preferente de los piratas, que buscaban apoderarse de las mercancias europeas embarcadas en Cádiz y Sevilla, y los ricos cargamentos de plata y oro prodecentes del Perú, camino de España.

Fueron las Pequeñas Antillas o Islas Caribes, estratégicos lugares convertidos en nidos de piratas, corsarios y contrabandistas. Un refugio internacional de la escoria de Europa. En cada isla se formaban asociaciones de bandidos que se llamaban bucaneros o filibusteros, según la procedencia de origen, los cuales se dedicaban a asaltar los pueblos costeros. Para Inglaterra y Holanda principalmente, el filibusterismo era una manera de desembarazarse de la hez social de sus ciudades y permitir el ataque contra los dominios españoles. Más tarde los filibusteros, se unieron a los bucaneros de procedencia francesa, para llevar a cabo los mismos atropellos.

Frente a la ciudad de Veracruz se encontraba la isla de San Juan de Ulúa, complemento y abrigo de su puerto, constituido en

sede permanente del primer virrey, Don Antonio de Mendoza, que disponía de unas construcciones defensivas, que fueron muy reforzadas en 1690, quedando establecida la verdadera fortaleza, que podía ser utilizada para fines militares y portuarios.

Pero el valor histórico de España, no consistió solo en las obras humanas de defensa, sino en la protección del espíritu, la lucha por la cristiandad y el mantenimiento de la unidad, contra el Atomismo de la Reforma. Si miramos a la Historia, observamos como ésta se repite, lo que nos mueve a pensar, que nuestro porvenir sea regresar al pasado. Pero para esto, hemos de saber ejecutarlo como supieron hacerlos nuestros mayores. Y son palabras proféticas las pronunciadas por don Julián María, cuando decía: «Los pueblos que viven sin memoria colectiva, son eternamente primitivos y manejables».

Aquellos españoles, calificados por algunos, como aventureros, fueron auténticos héroes, ya que el heroísmo en cuanto creación y ejemplaridad de vida, es un atributo español. Y no lo decimos, con la petulancia de pensar en el español uno a uno, sino en el conjunto de nuestros hombres. Muchos españoles, ante de que la mar dejara de ser senda tenebrosa, ya investigaban las tierras por un placer de creación. Cuando nadie sospechaba la existencia del Nuevo Mundo, exploradores y misioneros españoles habían visitado Oriente. Y esta satisfacción de crear, que fue calidad espiritual de nuestros antecesores, hemos de seguir cultivándola, en estas horas difíciles y decisivas, en que se han de establecer las columnas, donde habrá de apoyarse un nuevo siglo.

El establecimiento de ciudades fundadas por españoles en el Nuevo Mundo, trajo consigo la formación de defensas que le daban un carácter castrense.

Estos trabajos de defensa, estuvieron hechos en general por profesionales, no solo en cuanto a las obras militares, sino también, en los caminos, puertos, monumentos e iglesias. Profesionales y técnicos, que no fueron siempre españoles, y así es frecuente encontrar, ingenieros italianos durante el siglo XVI, flamencos durante el XVII y franceses desde finales de dicho siglo, hasta que con Felipe V a comienzos del XVIII, se establece en España el Cuerpo de Ingenieros Militares.

Desde el nombramiento del virrey Mendoza para Nueva España, se sabe su interés en la búsqueda de buenos puertos en la costa, y la construcción de defensas en la isla de San Juan de Ulúa, sin olvidar la cantidad de artillería necesarias, como muy concretamente especifica en la instrucciones, que deja a su sucesor Don Luis de Velasco. Al referirse al torreón ya terminado, le dice textualmente: «tiene necesidad de hacerle un revellín, donde colocar la artillería, y alzarle lo que conviene para que en lo alto jueguen algunas piezas». Si insistimos sobre Ulúa, es por considerar que prácticamente, es el primer proyecto con ciertas garantías en que debe hablarse de fortificación como defensa exterior. A partir de este momento las autoridades españolas y en este caso el Alcalde Mayor de la ciudad de Veracruz, García Escalante, por orden del virrey, se decide a la construcción de un muelle que proteja las naves que allí se resguarden y de una Casa de la Contratación que sirva para armar la artillería.

El ritmo de las obras se apresuran, tras el primer ataque de importancia que sufre Veracruz, a manos del pirata inglés John Hawkins en 1568.

Era el 15 de Septiembre de dicho año. Los pacíficos habitantes de dicho puerto, se encontraban en los preparativos de embarque de la gran flota, que anualmente se enviaba con productos a España, cuando llegaron los piratas al puerto, siendo recibidos con amistad por los desprevenidos españoles, que no pudieron defender sus naves y mercaderías.

Este hecho impulsó al virrey a mejorar el estado de defensas de la isla de Ulúa, aumentado no solo las obras de fortificación, sino la artillería.

Prueba de ello, son las referencias que hace el cronista Bernal Díaz del Castillo cuando dice; «este puerto es ahora muy nombrado, y están hechos en él grandes mamparos, para que estén seguros los navíos».

No aspiramos a explicar detalladamente cómo eran estas fortificaciones, lo cual nos obligaría a mostrar planos y diapositivas, que si bien servirían para conocer mejor estas obras de defensa, alargarían nuestra exposición. Lo que si deseamos señalar, es, como en toda obra que ha de ser construida con el empleo de las técnicas, no suelen faltar problemas humanos, que no se contabilizan por lo general en los libros de historia.

Vamos a referir como ejemplo de esto, a la rivalidad que se produjo entre Francisco Castejón, encargado de la Fortaleza de San Juan de Ulúa y Marco Lucio, ingeniero militar de origen flamenco, realizador de las obras. Señalaremos en primer lugar con breves pinceladas la semblanza de ambos personajes. Castejón, antes de ser nombrado Castellano de la Fortaleza de Ulúa, había luchado en los campos de batalla de Flandes e Italia, con valentía y excelentes cualidades militares. Era enérgico, trabajador y poco aficionado a las relaciones sociales, lo que le apartó de la convivencia con las demás autoridades, acarreándole la frialdad de los Oficiales Reales. Desempeñaba su cargo con un alto espíritu, a satisfacción de sus superiores, aunque con alguna independencia.

El ingeniero Marcos Lucio, natural de Gantes, ambicioso por temperamento, alardeaba con excesiva vanidad de sus conocimientos técnicos para la fortificación. Solía proyectar obras que resultaban muy costosas. Pero su carácter acomodaticio, le granjeó las amistades de los Oficiales Reales, quienes tenían que certificar las obras.

Cuando Castejón se hizo cargo del Castillo de Ulúa, solicitó un crédito de 6.000 pesos que le fue concedido, para arreglar con urgencia algunos desperfectos, así como mejoras en el acuartelamiento para los 150 soldados de que disponía, señalando con indudable sentido práctico, el arreglo y mejoras de algunas defensas.

En este informe, hacía mención de una isleta llamada La Gallega, a distancia de un tiro de cañón de la plaza, que en su opinión podía servir al enemigo como punto de desembarco para acercarse al Castillo. Pedía autorización para montar allí un pequeño fuerte, que cruzaría sus fuegos con la principal, aclarando, que se comprometía a realizar la obra con sus propios medios.

El informe de Castejón fue estudiado en el Consejo de Guerra, que aconsejó que por ser aquel sitio «llave de la Nueva España», habría de llevarse a cabo la fortificación por persona técnica en la materia. En este sentido se redactó la Real Cédula de 20 de Agosto de 1659 en que se disponía que Marcos Lucio, efectuara un reconocimiento especializado de San Juan de Ulúa.

Meses más tarde, el ingeniero flamenco, presentaba el informe que le habían pedido y que constituía una ruptura de hostilida-

des con el español. Entre otras de las opiniones que contradecía a las de Castejón, hacía referencia a la isla Gallega considerándola inaccesible a cualquier desembarco. Hacía numerosas objeciones y terminaba por afirmar, que cualquier obra que allí se hiciera, sería no solo costosa sino inútil.

Lo más grave del informe de Lucio contra Castejón fue, el culpar a éste de no haberle consultado para hacer las reparaciones, agregando, que consideraba el coste total del trabajo realizado en 3.140 pesos, sugiriendo, que Castejón deberían devolver la diferencia, hasta completar los 6.000 recibidos.

La respuesta del Jefe de la Fortaleza no se hizo esperar. Punto por punto, fue rebatiendo las objeciones del ingeniero, en un escrito bien razonado y con términos severos, naturalmente lógico, al verse desprestigiado no solo en el terreno técnico sino incluso en el personal.

La urgencia de las reparaciones del Castillo, no permitían esperar la resolución de la Junta de Guerra de Indias en Madrid, a donde se habían remitido los informes de los dos contendientes. Al temer, conocimiento Castejón de que las obras de su Castillo serían dirigidas y administradas por Lucio, se presentó en la Contaduría real de Veracruz, protestando enérgicamente, e indicando, que las obras que el ingeniero flamenco quería desarrollar, cuyo importe ascendía a 21.000 pesos, eran excesivamente costosas.

Con su lógico enojo hizo saber al virrey, que se comprometía a realizar las obras de reparación e incluso terminar la Iglesia, con un gasto de 7.000 pesos, lo que redundaría en un ahorro para la Hacienda de 14.000.

Este nuevo informe llegó a manos del oidor Calderón Romero, el cual apoyó la propuesta de Castejón por considerarla más barata y de suficiente garantía, ordenando fuesen librados con urgencia los 7.000 pesos solicitados.

Cuando Castejón tuvo noticias de dicha resolución, declinó llevarla bajo su propia administración, proponiendo que la obra fuera administrada por los Oficiales Reales. El virrey, accedió a ello y ordenó se hiciera como el Jefe de la Fortaleza había indicado.

Este hecho, nos demuestra las veleidades humanas, dando pruebas también, de la nobleza de tantos españoles que supieron sacrificarse y exponer su buen nombre por España. Y al hablar de

sacrificios hemos de recordar, lo que no es frecuente, el que hicieron los progenitores de aquellos conquistadores, cuando el hijo se despedía para la gran aventura de servir a España. Lo abrazaría, hundiendo la cara en el pecho del hijo para que no viera alguna lágrima escapada, y deseándole suerte, le diría: vete en la Paz de Dios. ¡Que gran ejemplo para imitar en la actualidad!

Pero no siempre las autoridades españolas fueron justas con estos intrépidos viajeros, por el contrario, en ocasiones fueron ingratas con tan buenos servidores, como aconteció con Hernán Cortés, que habiendo dado a España un Imperio, sufrió el menosprecio real, según refiere López de Gómara al haber perdido parte de una remesa de esmeraldas, por el hundimiento de los barcos durante una tormenta, siéndole negado el privilegio de ser nombrado, jefe de la expedición Argel en 1541, y encargados otros de menos conocimientos militares y experiencia.

Pero la piratería seguía cometiendo desmanes, y ahora es en Veracruz, donde se viven los tristes sucesos protagonizados por el asalto cometido por Lorenzo de Gaff, conocido popularmente por «Lorencillo». Este malhechor saqueaba con tanta traición y violencia, que aún es costumbre en aquel país cuando alguna cosa se pierde, decir «Lorencillo la ha tomao». Esta invasión obligó a mejorar más las fortificaciones de Ulúa que se llevaron a cabo en dos etapas.

La primera, bajo la Dirección del ingeniero Pozuelo, que preconizaba las llamadas punta de flecha, tan conocidas para quien ha contemplado un plano, que reproduzca la planta de alguna fortaleza.

La segunda etapa coincide con la transformación fundamental del Castillo y corre a cargo del Capitán alemán Francisco Franck. Este militar, ejemplo típico de las características raciales de su lugar de nacimiento, convierte el Castillo en una auténtica fortaleza. Lo realiza estableciendo una figura cerrada regular, empleando toda la técnica de las normas de la arquitectura militar. Los resultados positivos de la obra, convirtieron a Ulúa, en una de las principales fortalezas españolas de las Indias, protegida por revellines para situar Artillería, y que disponía además de defensas exteriores.

La época de los ingenieros franceses, llega el producirse la alianza de nuestro rey Felipe V y su abuelo Luis XIV de Fran-

cia, que convierten al país vecino en el mayor protector de nuestras plazas fortificadas de América. Es un periodo, en el que se da preferencia, al emplazamiento de la Artillería. Y la palabra Artillería vuelve a ser pronunciada, sin tan siquiera habernos detenido unos momentos, en señalar la importante huella, que la misma deja en el Nuevo Mundo. Artillería que llega con los descubridores y con el propio Cristóbal Colón en su primer viaje. Así nos lo atestigua las noticias que se tuvieron de aquel tiempo, cuando nos dicen que al regresar Colón a España dejó, «Cuarenta hombres con artillería, armas y vituallas» en el fuerte de Navidad.

El mayor interés de los gobernadores y virreyes al proyectar sus construcciones de defensas, es el del artillado.

Cuando el famoso ingeniero Antonelli visita la isla de Ulúa, encuentra que en la plataforma de la Fortaleza, que daba al mar, había siete piezas de artillería, que aumentaron a 19, y que gracias a su distribución y justo empleo, sirvieron para derrotar en un duro ataque a los ingleses. Igualmente fue heroica su defensa siglos después, al querer mantenerla para España, antes de tener que abandonarla el 18 de Septiembre de 1825, y que le valió a los heroicos defensores, la Cruz Laureada de San Fernando.

La historia de la artillería en el Nuevo Mundo durante los siglos XVI al XVIII está escrita a la orilla del mar: Cartagena de Indias, Cumaná, Santa Marta, Portobelo, La Guaira... etc. Y para proteger el comercio con el Perú, fue destinado el Capitán de artillería Juan de Tejada, al mando de un condestable y cuarenta artilleros.

Mas a pesar de cuanto venimos indicando sobre la artillería, no existía organización artillera, ni especie alguna de formaciones regulares del arma antes de los finales del siglo XVIII. Así, en 1761 cuando el Conde de Gazzola se hace cargo de la Dirección de la Artillería en España, su proyecto de organización, es aprobado y convertido en preceptos.

Precisamente 40 años más tarde, reinando Carlos IV se firma en San Lorenzo del Escorial el «Reglamento, de Artillería para las Indias y Canarias», que por su enorme interés, merecería la distinción de la transcripción íntegra, si Vds. no merecieran el honor de la brevedad. En él, se trata de la composición y fuerzas de las unidades artilleras de veteranos y de Milicias, sus destinos, uniforme, armamento, sueldos y ascensos.

Artilleramente América se dividió en tantos Departamentos, como Virreinatos y Capitanías Generales existían.

El Departamento de Méjico, fue el único mandado por un Mariscal de Campo. Los de la Habana, Cartagena de Indias, Buenos Aires, Lima, Puerto Rico, Guatemala y Chile, por Coroneles de artillería y el de Yucatán por un Teniente Coronel también de artillería.

Pero antes de despedirnos de América, nos agradaría dar un rápido vistazo al Puerto de Acapulco, de donde salió la 1ª expedición mandada por Hurtado de Mendoza, para descubrir islas del Mar del Sur y reconocer la costa occidental de Nueva España. Situado Acapulco sobre la Bahía de su nombre, está considerado como uno de los mejores puertos naturales del mundo. La primera persona que lo calificó de grande y seguro, fue fray Andrés de Urdaneta, quien lo eligió como lugar donde debían terminar sus viajes los barcos españoles. Durante cerca de tres siglos, ha constituido uno de los primeros puertos comerciales del universo, y con el tiempo, se establecería allí la 1ª aduana de Nueva España.

Las primeras noticias de las defensas militares de Acapulco, datan de la Instrucción dada por el virrey Marqués de Villa Manrique, de las que se deducen, que a finales del siglo XVI, sólo existía algún reducto, y defensa aisladas.

En 1615, comienzan las obras que le darían mayor importancia y seguridad, que finalizan dos años después. Constaba de cinco castilletes de distintas alturas, con sus parapetos, cortinas, murallas, y terraplenes. La portada que había sido terminada con anterioridad, tenía en la parte superior un gran escudo que representaba un globo con las armas reales, y bajo ellas un letrero que decía: «Reinando en las Españas, Indias Orientales y Occidentales, el invicto y católico rey don Felipe nuestro Señor, tercero de este nombre, siendo su virrey, Lugarteniente y Capitán General, en los reinos de la Nueva España, Don Diego Fernández de Córdoba, Marqués de Guadalcázar, se hizo esta fortificación. «Año de 1616. Ingenieros Adrián Boot».

Por espacio de dos siglos se mantuvo el Imperio Español, aún a pesar de haber perdido España el dominio en el mar. Y se hubiera podido sostener, sin obstaculizar en demasía, la mayoría de edad de las naciones americanas, de haberse sabido conservar la

ilusión que las unía con España. Porque la solidaridad en el ideal, resiste a la derrota, como ocurrió cuando en los primeros años del siglo XVIII, —durante la guerra de Sucesión—, España se vio invadida por tropas extranjeras, sin que nadie en América, pensara en intervenir a favor de ninguno de los dos contendientes y mucho menos en sublevarse.

Pero cuando en España se rompe la unidad de la Fé y deja de ser la gran nación creadora, entonces, a la primera crisis que se origina, los indios y criollos prefieren la política al trabajo, y la revolución a la organización constructiva. Cada pueblo pensó en su propio camino. Unos buscaron el apoyo de Europa, otros siguieron a nuevos Caudillos, y otros, pensaron restaurar los primitivos ideales incas o aztecas.

No constituyó un mal, el que los pueblos hispano-americanos se independizaran. Era lógico en un proceso de mayoría de edad. Lo lamentable fue, que lucharan entre si con excesivos intereses.

La Historia de España y más concretamente la que se desarrolla en América, debe señalarnos un futuro al que no debemos renunciar. Aquel pasado glorioso, fue interrumpido para copiar servilmente, modas e ideologías, a veces trasnochadas, y a veces difíciles de aplicar a nuestras formas de ser.

España no luchó y trabajó simplemente, para conseguir un Imperio que se impusiera por la fuerza de las armas, sino para mantener la defensa de la cristiandad, dentro de una comunidad de esfuerzos mútuos.

Y si a la civilización y construcción del Nuevo Mundo, se le quiere llamar Imperio, aceptemos que lo fue dentro de otras coordenadas, cuales fueron la transmisión de una religión, una sangre, una cultura, y una lengua; es decir, de un gran Espíritu y de un gran Amor. Y como diría Nebrija al hacer entrega a los Reyes Católicos del primer ejemplar de la gramática: «La lengua, fue nuestro gran Imperio, sin pólvora, ni espadas».

No quiero finalizar sin reiterar mis recuerdos al que fue entrañable amigo y compañero, José Antonio Calderón Quijano, que supo, no solo mantener un patriotismo idealizado con los países del Nuevo Mundo, sino inculcarlos a los demás, proporcionando esas satisfacciones y enseñanzas, que no pueden alcanzar, los que se educan huérfanos de historia e idealismos.